

J. M. J.

ORACION FUNEBRE

pronunciada con ocasión de la sentida muerte del
Superior General de los Salesianos

M. R. P. DON MIGUEL RUA

(Q. D. S. S.)

por el Presbítero Salesiano

Dr. Don José E. Argueta

en la S. I. Catedral de

Tegucigalpa, el día 13 de Abril de

1910



TEGUCIGALPA

TIPOGRAFÍA NACIONAL.—AVENIDA CERVANTES.—NÚMERO 42.

1910

ILMO. Y RVMO. SR. OBISPO DIOCESANO; M. ILTRE. SEÑOR
DEAN Y VENERABLES CAPITULARES. SEÑORES:

Dulce es morir cuando se tiene la conciencia del deber cumplido, y no al modo honesto del filósofo que no traspasa los umbrales de la razón, sino del cristiano que con la antorcha de la fe, columbra otra vida mejor.

Dulce es morir para el soldado de Cristo, que no abandonando el campo enemigo, exhala el último aliento de la vida con el arma en la mano, y batallando con las batallas del Señor: "*praeliando praelia Domini* (Mach), sabe que esta vida, no es la vida, y que la muerte no es otra cosa, para él, sino un verdadero triunfo.

De este modo se explica el continuo cantar de la mística Doctora de Avila, Teresa de Jesús, cuando pensando en otra vida mejor, repetía con frase aforística aquel "*muero porque no muero.*"

Sí, señores, para quien vive de la fe y cifra sus esperanzas en los bienes sobrenaturales, tiene ánimo para pronunciar, aun en medio de los combates y penas y miserias de esta tierra, las palabras consoladoras del Santo Job, quien, aunque agobiado por las angustias y desprecios, repetía siempre con voz sonora: "*Creo que vive mi Redentor y que le he de ver yo mismoy que en el día postrero también he de resuscitar.*"—(Job XIX. 25).

¡Oh, religión sacrosanta que tanto consuelas al hombre que vive y muere en tu seno!... ¡Religión divina que te desprecian porque no te conocen...y que no te aman porque no te avienes con los vicios, ni te agradan las inteligencias presuntuosas que quieren penetrar tus

arcanos, ni tampoco en tu vestidura cándida presentas dobleces ó hipocresías.

Dichoso el hombre que milita y sucumbe bajo tu bandera; dichoso quien en vez de enarbolarla en las torres de Babilonia, la hace flamear en la cúspide del monte Sion; y que lleno de méritos para la vida eterna, se presenta ante el tronó del Altísimo á recibir la eterna recompensa iniciada con el "*Euge, euge serve bone*" del Santo Evangelio. (Math. XXV. 23.)

Bien comprendéis, señores, á quién van indilgados estos pensamientos con que quiero exordiar mi humilde y fúnebre oración: ellos se refieren al Superior General de la Congregación Salesiana, don Miguel Rua, á quien la inexorable muerte abrió las puertas de la eternidad, que todos esperamos le sea muy dichosa.

Pero antes de entretejer el elogio fúnebre de mi ilustre difunto, y á pesar del ascendrado amor filial que debe suponerse en mí, no extrañéis que deseando imitar en algo al glorioso San Agustín cuando la muerte de su santa madre, no deba yo ahora entretejer tal elogio con lamentos y lágrimas, ni gemidos y llantos, sino con algunas consideraciones que, no pudiendo ya lastimar la modestia del que se fué, sirvan sí, de estímulo para los que hemos quedado.

*

Quién era, pues, don Miguel Rua? me preguntaréis con piadosa curiosidad. Era un niño nacido en Turín de Italia el 9 de junio de 1837, legítimo de Juan y Juana Ferrero: era un niño que desde la edad de ocho años se aficionó tanto á la escuela de Don Bosco, que ingresó á la Congregación Salesiana el año 52 y se ordenó de sacerdote el 29 de julio del 60; pero un salesiano tal, que estando durante 40 años al lado del Santo Fundador, pudo participar de lleno, ó mejor diría, personificar el

espíritu del S. Vicente de Paul del siglo XIX, como el "Thimes de Londres" apellidaba á D. Bosco.

"Era D. Rua, el intrépido continuador de la obra salesiana; el intérprete más fiel de la idea grande de aquel hombre de Dios, el que más íntimamente y de modo más perfecto copió y representó á D. Bosco en la laboriosa piedad, en la caridad inagotable y sobre todo en la próspera cuanto sabia dirección de la familia salesiana.

"Quien le conoció y estuvo con él algún día, no pudo no quedar edificado y sorprendido ante el espectáculo de un hombre, el cual, con inefable suavidad de modos y admirable lucidez de mente, resistía á tantas y tan variadas como intrépidas ocupaciones.

El, consejero, provisor, director de millares de sus hijos... él, visitado, buscado, consultado todos los días por una muchedumbre de personas de toda edad y condición y para los cuales tuvo siempre un seguro consejo, un eficaz confort, una afectuosa bendición... él, el centro y vida de la vida de más 300.000 personas que de él tomaron impulsión, luz y calor para sus acciones benéficas."

El año de 1888 á la muerte de D. Bosco, el número de las obras y de las casas abiertas en las varias partes del mundo, ascendía á más de 200: el número de salesianos pasaba de 1.000 y el de jóvenes que de algún modo en aquel año recibían instrucción y educación de los salesianos, se calculó en 200.000. El número de Hermanas de María Auxiliadora y de cooperadores salesianos esparcidos en las varias partes del mundo, era también bastante crecido... pero ahora, ó después de 22 años que D. Miguel Rua gobernó la Congregación, dió tal empuje á las obras salesianas, que sólo en América, notémoslo bien, pasan de 135 las casas y el número de salesianos según catálogo del año pasado, alcanzó el total de 1.348; y como lo dijo él mismo en carta dirigida

á los cooperadores salesianos en diciembre del año pasado: “*á pesar de las insinuaciones de los contrarios á toda buena institución, el bien que va haciendo la humilde sociedad de San Francisco de Sales, es, gracias á Dios, extraordinario.*”

¿A quién se debe semejante ensanche? ¿A quién los misioneros entre salvajes y en las partes más dilatadas del Globo? ¿A quién los numerosos centros de enseñanza, los Congresos celebrados tanto en Europa como en América, y las Asociaciones de Antiguos Alumnos? á quién el obsequio que sobre el monte Testaccio de Roma ofrendaron á Pío X los Salesianos todos para su gran jubileo? . . . á quién la piadosa munificencia para á abrir la Casa de Turín y dar asilo gratuito á los numerosos huerfanitos de Mesina? á quién el adelanto de la causa de Beatificación y Canonización del V. Juan Bosco y los trabajos por la del Luis Gonzaga de los Salesianos, el niño bueno Domenico Savio? á quién finalmente, y para no cansaros, la Legación Apostólica en la dignísima persona del Apóstol Salesiano Mons. Cagliero, quién fué como D. Rua, uno de los niños más mimados del V. Juan Bosco? Quizá me diréis que á Dios se debe todo esto . . . que al Papa que á María auxiliadora, según lo repetía el mismo V. D. Bosco. Es cierto lo que contestáis; no me atrevo á negarlo; pero ¿quién no sabe también que, aún hablando filosóficamente, la grandeza ó influjo de la causa prima ó eficiente no quita el de la instrumental activa, ya que ésta se coloca en el mismo género de causalidad?

Sí, podemos decir, sin errar, que á D. Rua se deben estas obras y otras tantas que me sería prolijo enumerar.

Y ahora comprendo por qué D. Bosco decía de D. Rua lo siguiente: “Se Dio mi avesse detto: immagina un giovane adorno di tutte quelle virtù ed abilitá maggiori che tu potresti desiderare, chiedimelo ed io te lo

daró, io non mi sarei giamai immaginato un D. Rua.”
Memorie Biogr di D. Bosco (Tom. IV paj. 488.)

Las cuales palabras vertidas del Italiano, quieren decir: “*Si Dios me hubiera dicho: “Imagínate, Juan, un joven adornado de todas aquellas virtudes y habilidades mayores que pudieras desear; pídemelo y yo te lo daré,” yo no habría imaginado jamás un D. Rua.*”

Y con no exagerado, sino verídico cariño repetía el V. Fundador á sus primeros cooperadores “*Si D. Rua quisiera, podría hacer milagros.*”

Estas últimas palabras compendian todo lo que yo pudiera cantar hoy en su loor; pero aún hay otra cosa, y con la cual quiero terminar... ..

Cuentan las historias de S. Alfonso María de Ligorio que tenía encallados sus dedos de tanto recorrer en su vida las cuentas del Rosario; y ésto no creáis que sea poco encomiástico para el Santo, pues acción tan continuada no significa para los que entienden bien las cosas, sino que estaba siempre armado para contrarrestar los incursos de Satanás. Pues bien: si nos hubiera sido dable colmar de ósculos las venerandas manos del Rector Mayor de la Congregación Salesiana, habríamos encontrado en ellas una cosa semejante á la de S. Ligorio; pues nuestras tradiciones cuentan que aun en medio de la recreación, que solía hacer D. Rua con los niños del Oratorio de San Francisco de Sales, siempre empuñaba su Rosario como queriendo aprovechar el instante que le dejaran para recitar al menos un Ave María.

Murió pues, y como ya lo dije antes, con las armas en la mano, venciendo al enemigo de las almas con semejantes proyectiles; pues como decía el célebre Andrés Hofer: “no han sido las balas del cañón, pero sí las cuentas del Rosario, las que han vencido al enemigo.”

Sin embargo, ¡COSA RARA!; pero cosa de Dios! Se aprestaba todo el mundo salesiano para celebrar las Bodas de Oro del Padre ó el 50 aniversario de su primera

misa . . . presidían el Comité formado ad-hoc, el Eminentísimo Cardenal Richelmy, Arzobispo de Turín, y el ilustre Barón Antonio Manno . . . y los literatos Lemoyne y Francesia templaban en inusitada melodía sus laúdes para el próximo 29 de julio. el gran día esperado. . . y la gran Tipografía de Turín preparaba su valiosísimo obsequio, único en su género . . . y los escultores y tallistas de Barcelona y Escuelas Profesionales de Sarría sus artefactos . . . y el célebre pintor de Intra, Italia, terminaba su grande retrato al oleo, semejante al que el célebre Rollini hiciera de D. Bosco . . . y todo Nápoles sobre la cima del Vómero se prometía ofrendar para el Jubileo un hermosísimo Templo al Sacratísimo y Deífico Corazón de Jesús . . . cuando cosa la más inesperada, pero real . . . Allá, desde la cúspide del Santuario de María Auxiliadora, de Turín, parece haberse oído esta voz: *Ven ya bendito de mi Padre á poscer el reino que te tengo preparado desde el principio del mundo.....“Ven alma mía, ven á ser coronadaEstá bien siervo bueno y fiel, entra en el goce de tu Señor.”* (Math XXV 34 se qq.) (Cant. VI) (Ibid.)

Y D. Rua voló al cielo á celebrar con anticipada alegría su Jubileo Sacerdotal y D. Rua nos dejó, y más bien quiere que le obsequien sus amigos y admiradores guirnaldas perfumadas de oración por su alma; y ahora pide fervorosos sufragios, porque, aunque con no poco fundamento creamos que como dice San Agustín: *“así como es la vida, así es el fin de ella, sicut vita, finis ita”* y por eso esperemos piadosamente que la bendita alma del Superior General de la Congregación Salesiana esté en el cielo; como quiera que Dios en semejantes casos no nos dé inmediata evidencia, sino después del fallo infalible de su Vicario en la tierra; siempre hemos de rogar por los que se fueron, aunque les viésemos morir en el ósculo Santo del Señor, pues por otra parte, no es menos cierta la palabra evangélica que dice: “que al que

mucho se le dió, mucho se le pedirá” (Luc. XII 48) y en otro lugar también se afirma “que Dios juzgará hasta las mismas justicias.” (Ps. 74 3.)

*

Pidamos todos pues, en estos solemnes momentos, y siempre que sintamos la acción Salesiana influyendo en nuestro bien, por el eterno descanso de aquella alma, del que si en vida tuvo presentes las penurias espirituales de Honduras, como lo manifestó el mismo D. Rua en un autógrafo que de él tenemos; no hay duda alguna que desde el cielo, se interesará más entre el trono del Señor y de María Auxiliadora para protejernos y mirar muy en particular por el bien de la juventud actual que forma las futuras esperanzas de la Patria.

Sí, D. Rua: nosotros en estos solemnes momentos y desde este ángulo del mundo, con tus salesianos, Hermanos y Cooperadores todos, te decimos á boca llena y con el corazón muy agradecido—*Requiesce in pace—Amen. Descansa en paz. ¡Así sea! ¡Así sea!*

A. M. D. G.

(*Con aprobación eclesiástica.*)

